

# "NO TENGAN MIEDO"

*Y esto se refiere a ti*

por el P. Walter Kedjierski

UNA DE LAS REGLAS no escritas de viajar en el metro de la ciudad de Nueva York es que nunca hay que mirar a los ojos a un desconocido. Quienes lo hacen, son blanco perfecto de conflictos.

A pesar de las multitudes, el transporte colectivo del metro es bastante tranquilo. La gente parece gravitar dentro de sus propios espacios y espera que los demás respeten este espacio. No puedo dejar de pensar que esta ausencia de interacción social tiene que ver con el miedo. Tal vez es por el miedo a los extraños que nos fue inculcado a muchos de nosotros desde la niñez a fin de protegernos de cualquier daño. Tal vez es el miedo de asumir los riesgos que conlleva el entablar nuevas relaciones.

Pienso que el miedo es una fuerza más paralizante de lo que a muchos de nosotros quisiéramos admitir, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Cuántas personas buenas han afirmado que fue el miedo de arruinar la vida de los sacerdotes lo que les impidió expresar sus preocupaciones acerca de algunos ministros ordenados que aparentemente estaban involucrados en comportamientos inapropiados. Los obispos han externado que fue el temor a los medios de comunicación y al escándalo lo que los llevó a ocultar a sacerdotes pedófilos.

Toda parroquia cuenta con individuos profundamente espirituales y altamente calificados que no se ofrecen para ocupar posiciones de liderazgo porque tienen el temor de cometer errores. Los católicos conservadores temen que la jerarquía ponga en peligro la fe al tratar constantemente de adaptarse a la sociedad secularizada, mientras que los católicos liberales temen que la Iglesia se esté convirtiendo en algo cada vez más irrelevante para la gente contemporánea.

El temor de los estadounidenses ciertamente se acrecentó tremendamente el 11 de septiembre de 2001.

Una sensación de miedo atrajo a innumerables personas a sus aparatos de televisión cuando la guerra de Irak comenzó a desplegarse. Más y más personas trabajan más tiempo y más duramente por miedo a perder su estabilidad financiera. El miedo a ser el segundo mejor sigue impulsando a la gente a comprar autos o casas que no pueden pagar.

## **El miedo está en todas partes.**

¿ALGUNA VEZ NOS HEMOS tomado seriamente el tiempo para revisar nuestras vidas a fin de descubrir cuánto influye en nosotros el miedo a la hora de tomar decisiones? El miedo provoca que mucha gente evite "vecindarios peligrosos". Puede que haya algunos lugares a donde no acudamos de noche o solos. El miedo a actitudes agresivas de ciertos miembros de la familia o de algunos compañeros de trabajo podría estar dictando con quién pasamos nuestro tiempo o a quién elegimos visitar. El miedo a la enfermedad podría estar provocándonos a algunos de nosotros el evitar ir al médico—o el acudir a él continuamente, cada vez que nos sentimos mal.

El miedo a verse feos provoca que algunas personas se sometan a constantes cirugías plásticas. El miedo a que nuestros hijos se involucren con la gente equivocada puede volvernos sobreprotectores. El miedo es tan poderoso que puede dictarnos a dónde ir, qué hacer, con quién entablar una amistad y cómo cuidarnos nosotros mismos.

Los cónyuges no pueden pasar tiempo juntos, porque tienen miedo de que, si se toman un tiempo libre para ellos mismos, podrían dejar de estar al tanto de las cosas en los negocios. Una joven mujer a quien Dios llama a vivir una vida consagrada como religiosa no puede hacerlo por miedo a cómo tomarán sus padres esta decisión radical.

Un gran número de católicos a menudo mencionan que se han privado de recibir el perdón de Dios en el sacramento de la Reconciliación por miedo.

El miedo obstaculiza e incluso puede dañar nuestra relación con Dios y entre unos y otros.

El primer lugar donde la Biblia menciona el miedo lo encontramos en el Libro del Génesis, inmediatamente después de la caída de nuestros primeros padres, Adán y Eva.

*"Pero el Señor Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?» «Oí tus pasos por el jardín, respondió él, y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí.» (Gn 3,9-10)*

La teología católica tradicional describe cuatro consecuencias que toda la humanidad debe enfrentar como resultado del pecado original: la ignorancia, la concupiscencia (la inclinación desordenada hacia el pecado), el sufrimiento y la muerte (CIC §405). Sin embargo, de la narrativa bíblica antes descrita, podríamos concluir que el miedo es también una consecuencia más de la caída que ha de encarar.

El miedo tiene su origen en la falta de confianza en el interés que Dios tiene por nosotros. La idea de que Dios podría frenar algo que creemos necesitar para sobrevivir, generalmente nos lleva a comer del fruto prohibido a causa del miedo. El miedo puede hacernos olvidar el hecho de que Dios, quien ultimadamente tiene el control de todas las cosas, ha prometido cuidar de nosotros, ya sea en esta vida o en la vida del mundo futuro.

Dios incluso ha disipado el temor más grande de todos, el miedo a la muerte, al enviar a Su Hijo al mundo para experimentar la muerte y ofrecer a la humanidad la esperanza de la Resurrección. De hecho, las primeras palabras angélicas que las mujeres escucharon cuando descubrieron que la tumba estaba vacía, fueron: *"¡No tengan miedo!"* (Mateo 28,5) La liberación del miedo es sin duda un aspecto importante de la redención de la humanidad en Cristo.

La Biblia está llena de relatos de personas que, como resultado de haberse encontrado con Dios, son redimidas de sus temores.

Moisés, liberado de su miedo al Faraón, regresó a Egipto para asegurar la liberación de los israelitas de la esclavitud. David, un sencillo niño pastor, combatió sin temor y venció al gigante Goliat.

La reina Esther no fue impedida por el miedo para suplicar al rey que preservara las vidas de sus hermanos y hermanas judías, aun cuando sabía que aquellos que entraran en la presencia del rey sin haber sido convocados podían ser condenados a muerte. El miedo no evitó que Ruth acompañase a su suegra Noemí a tierra extranjera.

La miríada de mártires que murieron por Cristo –comenzando por Juan el Bautista y Esteban– dan testimonio de la liberación de cualquier miedo como resultado de un encuentro intenso con el Dios vivo.

Como comunidad católica, nosotros debemos dar testimonio de cómo la fe en Cristo tiene el poder de liberarnos de las ataduras del miedo. Esto me impresionó profundamente en una Misa de Difuntos a la que recientemente asistí. A medida que la asamblea abandonaba la iglesia, un número de feligreses que habían participado en la celebración se quedaron junto a la puerta mientras los familiares de la persona fallecida y sus amigos se disponían a salir. Esas personas no dijeron una sola palabra a los deudos, simplemente entonaron el himno "No tengas miedo".

Tal vez no estaban del todo entonados, pero el mensaje que dieron estos hombres y mujeres de fe fue muy profundo. Era una garantía de que no tenemos nada que temer, ni siquiera la misma muerte, porque el amor verdadero –que es Dios– echa fuera todo temor.

Por otro lado, cuando la comunidad cristiana parece temerosa, esto da un testimonio imperfecto de la fidelidad del Señor.

Los cristianos debemos preguntarnos cómo podemos ser liberados del temor y vivir plenamente el llamado que Dios ha hecho a cada uno de nosotros. Este es un proceso que ocurre en el transcurso de la vida. Demanda compromiso, la disposición a asumir riesgos, una seria introspección y una fe profunda. Con todo, el potencial para el crecimiento personal y la capacidad para dar un testimonio más poderoso de Jesucristo hacen que el sacrificio valga la pena.

*El P. Walter F. Kredjierski es un sacerdote de la Diócesis de Rockville Center. Su correo electrónico es fatherkedjierski@yahoo.com.*

*[Tomado y traducido al español de [www.envoymagazine.com](http://www.envoymagazine.com), no. 8.1]*